

Con un violín de tres reales



(De mis memorias de treinta años)

No han de ser pocos los que recuerden con cariño á un caballero de arrogante figura, de noble corazón y de honradez sin tacha, que amaba á Méjico como si aquí hubiera nacido y hablaba de nuestras costumbres, de nuestras glorias y de nuestros pasados infortunios con tal entusiasmo y con tal ternura, que bastaba escucharlo para quererlo.

Me refiero á D. Germán Sauberlich, quien con laboriosidad y talento hizo progresar y dió vida al antiguo y conocido repertorio de música de Nagel, establecido en la calle de la Palma.

Tarde por tarde, hace varios años con prtexto de buscar piezas nuevas para que Margot las tocara en el piano, acudía yo al repertorio y me recreaba con la conversación de aquél noble caballero, en cuyo semblante siempre había frescura y en cuyos ojos brillaba esa luz que revela la tranquilidad de la conciencia y la elevación del alma.



En cierta ocasión, cuando más entretenidos astábamos en nuestra charla oyendo discurrir sobre el divino arte al inspirado, modesto y pensador Gustavo E. Campa entró un personaje muy admirado y muy aplaudido en todo el mundo: Pablo de Sarasate.

Saludó á D. Germán, luego al maestro Campa y después á mí, mostrándose muy reconocido por los detestables versos que públicamente le había yo leído en el teatro Nacional y por otros, no menos abominables, que le disparé á quemarropa en un banquete del Casino Español, y enseguida, á instancia nuestra, nos refirió sus impresiones sobre el público, el teatro y la ciudad de Méjico, que le recordaba mucho las de España...

Habíanse agrupado con nosotros el simpático hijo de D. Germán y tres ó cuatro personas que escuchaban atentas al famoso compatriota de Gayarre.

De pronto Sarasate volvió el rostro y fijó los ojos en alguien que le sorprendió por su extrañeza.

Era uno de nuestros indios, vestido con camisa y calzoncillo, con ancho sombrero de petate y calado con huaraches, cargando en la espalda varios violines, de los cuales llevaba uno en la mano como muestra.

Sarasate, que no conocía ni sospechaba esta industria nacional, que entre nosotros pasa tan inadvertida como desdeñada, se adelantó á recibir al indígena, cogió apresuradamente el violín que traía en la mano, y riéndose mucho al ver el arco, que tenía la crin muy floja, lo arregló en un dos por tres se se puso á tocarlo.

*
* * *

Las más dulces, tiernas y arrobadores notas que puedan imaginarse brotaron en parvadas de aquél tosco y desaliñado instrumento.

Parecía que un coro de ruiseñores saludaba á la aurora en una mañana de primavera.

Algo así como quejas del alma, como sollozos de doncellas enamoradas, como risas de niños y suspiros de madres ausentes, remedaban las melodías que arrancaba el arco movido por aquel inimitable genio.

El indio abrió mucho los ojos, dió algunos pasos atrás tiró al suelo su sombrero, y mirando con satisfacción á Sarasate, permaneció mudo é inmóvil como una estatua.

—¿Y cuanto vale este violín?—dijo Sarasate ai concluir su marivillosa improvisación.

—Vale dos reales y medio, señor; pero para V. no vale nada—res-

pondió el vendedor, tomándole la mano, aquella mano en que aún tenía el arco, y estampando en ella un beso con el respeto y la devoción con que besaría la de su padre un hijo que, habiendo estado ausente muchos años, lo encontrase de pronto de cara á cara.

Sarasate, enternecido por aquella muestra de asombro y respeto, sacó algunas monedas y las daba al indio; pero éste se negó á tomarlas y sólo decía:

—No, señor; no, señor; de usted no recibo nada

—¿Qué te ha parecido?—preguntó D. Germán al pobre mercader, que temblaba emocionado.

—¡Ay, Dios! Tocar así como toca este señor puede que solo se oiga en la gloria.

—Pues el señor es una gloria—agregó D. Germán conmovido.

—Sí—interrumpió el indígena—; pero yo hablo de la gloria donde están Dios y los ángeles.

—¡Ah!—exclamó Sarasate—¿Estás creyendo que soy hermano de los ángeles?

—No, patrón—repuso el indio—V. es su maestro.

A Sarasate se le llenaron los ojos de lágrimas y nosotros lo abrazamos enternecidos.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.

